



Lección de entomología

Ana María Cadavid

Antes de tocar la puerta me miré en el vidrio, aunque la palabra entomólogo me había hecho pensar en bichos, me arreglé el pelo; siempre que voy a conocer un hombre lo hago.

—¿Dónde estará el insecto? —me pregunté.

Y apareció detrás de la vidriera. Levanté los ojos. Avasallador. Enorme. Le tendí la mano. Un hombre venido de otro mundo: pelo largo, negro, sedoso, ojos oscuros, inundados de azules y verdes, pestañas negras, cejas gruesas, piel blanca, sonrisa blanca, boca... me saludó y le sonreí.

El insecto tenía nombre: Vaclav. Por el camino hacia la Universidad Nacional le pregunté las razones de su viaje, sus impresiones de la ciudad, su vida en Viena. En la portería averiguamos por el profesor Fernando Abril. Parqueamos y seguimos caminando. Mientras hablábamos, levantó los brazos y se recogió el pelo en cola de caballo. Por un instante sentí que estaba bajo un árbol. El extranjero descollaba entre los transeúntes y yo marchaba exhibiéndolo como a un espécimen raro. Entré en una oficina. Le pregunté a una secretaria por el profesor Abril. Ella me ignoró, ni separó la mirada del teclado. Conocedora de mi género, volví afuera y le pedí a él que le preguntara. Entonces la vi desdoblarse de la silla y fragmentarse en señas.

“Museo Entomológico - Profesor Abril”, leí en una etiqueta sobre el vidrio de la puerta. Empujé. Un aire acondicionado con un vaho de naftalina nos refrescó.

—¿Fernando Abril?

—Presente—. El hombrecito que caminó a nuestro encuentro, entre filas de gaveteros, con la mano tendida, era un amasijo, un espécimen arrancado de la tierra, un tubérculo sin forma, un bicho de pelo largo recogido en cola de caballo.

—¿Para qué soy bueno? —nos preguntó con una sonrisa.

—Vaclav quiere ver las mariposas.

—¿Es gringo?

—No, es austriaco y habla español.

Le dio la mano y me miró con un guiño, como quien atrapa una mosca en el aire. Le preguntó cuáles coleccionaba, y cuando Vaclav le dijo que se especializaba en *Morphos*, el hombrecito chasqueó los dedos garantizando que eran las más bonitas.

Entramos en el estrecho laberinto de gaveteros. Abrió tres muebles dentro de los que había cajones apilados y marcados con tarjetas. Empezó a sacarlos y a nombrar las mariposas. Los azules nacarados, los metalizados y los tornasoles refulgieron en los ojos de Vaclav. Guardé silencio. Lo miré pensando en la subyugación de un gigante de mármol frente a un mundo de diminutas mariposas.

Fernando me miró de reojo y se acomodó el pelo.

—Y, ¿cuáles insectos tiene? —le pregunte adelantándome. Me explicó que no tenía preferencias, que recogía todos los que se encontraba. Entonces indagué por los escorpiones. Pasándome por el frente abrió otro gavetero y me preguntó:

—¿Cuál cree que es el más peligroso?

—El más grande, supongo.

—¡Error! —la emoción impregnaba sus ojos. Sonreí. La avidez con la que sacó dos frascos con escorpiones no sólo atrajo mi atención, sino también la de Vaclav. —Mire usted las tenazas de este animal, enormes en contraposición con las manos diminutas del otro. Asustan, ¿cierto? Pero a éste la naturaleza le dio tenazas grandes para sostener a la presa mientras la devora; al otro le dio un aguijón rápido, cargado de veneno, para someterlas.

—Cuando me encuentre con uno, lo piso con el zapato, y después, le miro las tenazas y la cola —remaché.

Tarareando “mala mujer” se fue por entre los muebles. Lo seguí curiosa. Ceremonioso, abrió un cajón nuevo.

—¡Arañas! —exclamé como atrapando un anzuelo— ¡Adoro las arañas!

—Mire, ésta es la más grande que tengo—. Y tentando a que mordiera el anzuelo de nuevo, agregó: —¡Más grande que su mano!

Apoyé los dedos en el vidrio; miré la mano de Fernando, luego, con señas, llamé a Vaclav y fascinada tomé su mano entre las mías, la medí y la puse en el vidrio. Fernando señaló otra arañita y nos dijo que leyéramos la tarjeta: “Araña lobo”. Acercó su mano diciendo que él era capaz de acariciar a una tarántula, pero a la chiquita la manejaba con guantes. Mirándonos, agregó que las tarántulas son cobardes y cerró el cajón.

Los pasillos eran estrechos. Los tres nos enredábamos. Las manos de Abril revoloteaban con cada exposición, Vaclav las guardaba en los bolsillos, yo las perdía algunas veces tocando los muebles o tratando de no tocar nada.

—Muéstreme la mariposa que sale del “gusano de pollo” —dije, tratando de mover la conversación.

—¿Ya la han picado?

—Una vez. Me dio fiebre. El dolor me subió por la pierna y se quedó en la ingle.

Fernando pasó en medio de nosotros, avanzó por el apretado pasillo, abrió un cajón y nos mostró las polillas que salen de los “pollo” y de los “barba de indio”. Las alas no eran grandes, pero el cuerpo, clavado con un alfiler, era grueso y fuerte. Hice un gesto de escalofrío. Vaclav me susurró que las mariposas eran inofensivas, entonces Fernando agregó, simulando un secreto con la mano, que quienes las coleccionan se dejan seducir por los colores y el vuelo, pero se les olvida que de ellas salen los gusanos.

—¿Tiene escarabajos? —pregunté, saliendo del nudo en que estábamos.

—Sí, venga le muestro —siguió el recorrido, ignorando a Vaclav.

—¡Hermosos! —. En la vitrina, unos bichos negros surgían como bañados en escarcha violeta y verde. Otros, como almendras de oro y plata—. Preciosos.

—¿Le gustan? —me preguntó—. ¿Quiere ver más? —siguió invitándome—. Veamos los grandes: los Goliat —avanzamos estrechos entre los muebles. Abrió el último. Pequeños dinosaurios aparecieron en la vitrina. Vaclav se acercó por la espalda.

—Los machos desarrollan ese enorme cuerno para enfrentarse por las hembras —señaló Fernando.

—La pequeña, ¿es una hembra?

—Sí, pero el que está junto a ella es un macho pequeño. Obsérvelo, los cuernos son pequeños.

—Un perdedor.

—No crea, sucede que se pueden enfrentar dos machos grandes por la hembra y mientras eso sucede, aparece éste, menos dotado para la pelea, pero igualmente dotado para la reproducción, y copula mientras los dos gigantes se enfrentan por ella... Contradiendo a Darwin, ella se queda con el chico.

—Y tiene hijos chicos.

—Larvas bien cuidadas hacen escarabajos grandes —cerró el cajón y miró a Vaclav—. ¿Cómo le fue con las mariposas?

—Vi una que me interesa, ya copié de la tarjeta el lugar y la fecha de captura.

—¿Sólo una?

—Estuve mirando otros cajones, pero...

—¿Pero?

—Están maltratadas.

—¿Maltratadas? Un chapolero, una mano rápida y un alfiler, ¿qué falta?

—No es tan simple, las redes deben ser muy delicadas para no estropear las alas. Además, yo no le destripo el abdomen tan rápido, no, yo dejo que aletee y se tranquilice hasta que cierre las alas. Espero el momento y, antes de clavarle el alfiler, con los dedos, la aprieto sin dañarla. Yo la dejo intacta.

—Pobre mariposa, tarde o temprano, igual, va a quedar atrapada con un alfiler en una vitrina —miré el reloj—. Es hora de ir por el almuerzo.

—La hora en que el hambre acosa —dijo Fernando guiñándome el ojo—. Vuelva cuando quiera, nos quedaron pendientes los ciempiés, los grillos, las mantis... las carangas —y me tendió la mano entregándome una tarjeta.

Afuera, el clima había cambiado. El viento arrancaba las hojas de los árboles. Frente al carro, Vaclav me miró de una forma extraña. “No conocía una mujer tan interesada en la entomología”, me dijo. Sentí un calor ruborizado en la cara. Los coletazos del ventarrón que me despeinaba, hicieron volar la tarjeta de mis dedos. Sin explicaciones, salí corriendo tras esa pequeña cartulina que, volantona, revoloteaba con el viento. ■

Ana María Cadavid Moreno (Colombia)

Arquitecta nacida en Medellín, miembro de los grupos literarios “Letras” y “A mano alzada”. Escribió e ilustró el cuento infantil “Bitácora de Luna”. Ha hecho parte de varias publicaciones, entre las que están: “Ellas escriben en Medellín” y “Odradek”.